



FEBRERO 2024
Nº175

Adoradores

Revista de espiritualidad, información
y promoción Eucarística.





Olvido de sí mismo:

Antes de enriquecer a un alma, Dios la despoja de todo, quiere reinar Él solo y a ese fin dirige todos sus toques. Pp. 10 y 11



Para ser todo de Dios:

Vivan de la divina Eucaristía y para la divina Eucaristía, así como los Ángeles no viven más que de Dios en el cielo. Pp. 14 y 15



Frutos del Sagrario:

Si en la tierra todavía se respiran aires de pureza y perfumes de virtudes y se calientan las almas con fuegos de amores santos, es porque no dejan de sembrarse "Hostias consagradas". Meditaciones junto a san Manuel González. Pp. 16 a 18

Staff:

Director: pbro. lic. Mauro Carlorosi co. Redacción: lic. María Inés Gómez Serra / Diseño: lic. Agustín Barbaglia/ Adquiera esta publicación por la red de **Cristo Hoy** o administracion@cristohoy.org // Algunas de las obras reproducidas en esta edición pueden estar eventualmente inscriptas en el registro nacional de la propiedad intelectual. Por informaciones al respecto dirigirse a Castro Barros 110, CP 4000 - San Miguel de Tucumán o llamar al tel: (54) 0381-4331151.



Convértete y cree...

En la celebración litúrgica del Miércoles de Ceniza, hay un gesto simbólico -ilustrado oportunamente por las palabras que lo acompañan-, y es la imposición de la ceniza, cuyo significado, que evoca con fuerza la condición humana, queda destacado en la primera fórmula del rito, que dice "Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás" (cf. Gn 3, 19). Estas palabras, tomadas del libro del Génesis, recuerdan la caducidad de la existencia e invitan a considerar la vanidad de todo proyecto terreno, cuando el hombre no funda su esperanza en el Señor. La segunda fórmula que prevé el rito: "Convertíos y creed el Evangelio" (Mt 1, 15) subraya cuál es la condición indispensable para avanzar por la senda de la vida cristiana: se requieren un cambio interior real y la adhesión confiada en la palabra de Cristo.

Por tanto, la liturgia de hoy puede considerarse, en cierto modo, como una "liturgia de muerte", que remite al viernes santo, en el que el rito actual

alcanza su realización plena. En efecto, en Cristo, que "se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz" (Flp 2, 8), también nosotros debemos morir a nosotros mismos para renacer a la vida eterna. Estemos atentos a la invitación que el Señor nos hace a través de los gestos y las palabras, intensas y austeras, de la liturgia de este miércoles de Ceniza. Acojámosla con la actitud humilde y confiada que nos invita el salmista: "Contra ti, contra ti solo pecqué; cometí la maldad que aborreces". Y también: "Oh Dios, crea en mí un corazón puro; renuévame por dentro con espíritu firme..." (cf. Sal 50).

El significado del miércoles de ceniza no se limita a recordarnos la muerte y el pecado; es también una fuerte llamada a vencer el pecado, a convertirnos.

Que el tiempo cuaresmal también sea para todos una experiencia de profunda reconciliación con Dios, con nosotros mismos y con nuestros hermanos. (*San Juan Pablo II*)



Al iniciar la adoración

Esquema para una hora de adoración:

- 15 minutos iniciales de todas las semanas: Pp. 4 y 5
- 30 minutos de meditación: 1. Pp. 8-9; 2. Pp. 10-11;
3. Pp. 12-13; y 4. Pp. 14-15
- 15 minutos finales de todas las semanas: Pp. 6 y 7



Comencemos entrando en su presencia y adorando.

No te olvides: Jesús en la Eucaristía no es un “pan bendecido”; su presencia no depende de nuestra fe y no es una presencia simbólica, sino real y substancial.

Por lo tanto, a Dios Hijo encarnado y presente en el santo sacramento del altar, dirigimos nuestros actos de adoración:

Vengo, Jesús mío, a visitarte y a gozar de tu presencia.

Te adoro en el sacramento de tu amor.

Te ofrezco principalmente las adoraciones de tu santa Madre, de san Juan, tu discípulo amado y de las almas más enamoradas de la Eucaristía.

Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo. (Reflexionemos cinco minutos).

Delante de Jesús Eucaristía, vivimos nuestra fe.

No te olvides: “Tener fe es creer en lo que no se ve”. No vemos a Jesús visible,



ADORADORES

pero creemos, por la fe de la Iglesia, que Jesús está en la Eucaristía con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Reafirmemos nuestra fe diciendo:

Creo, Jesús mío, que eres el Hijo de Dios vivo que has venido a salvarnos.

Creo que estás presente en el augustísimo sacramento del altar.

Creo que has de permanecer con nosotros hasta que se acabe el mundo.

Creo que bendices y que atiendes los ruegos de tus adoradores. (Reflexionemos cinco minutos.)

La esperanza y el amor brotan de la fe

La esperanza cristiana se funda en la posibilidad de ir al Cielo, es decir, a la comunión de vida y de amor con las Tres Personas de la Trinidad, por la eternidad. Jesucristo fue quien, con su sacrificio en cruz, nos abrió las puertas del Cielo, nos dio la esperanza de la vida eterna, haciendo aparecer en el horizonte de nuestra existencia la posibilidad de la eternidad. La Eucaristía es un signo visible de esa esperanza porque el Dios, que dio la vida por nosotros en la cruz para llevarnos al Cielo, está en la hostia consagrada, alimentando nuestra esperanza, concediéndonos fuerzas y ánimo para llegar a la perfección de la vida cristiana, la salvación eterna. (Reflexionemos cinco minutos.)

Actos de contrición

No te olvides: la contrición del corazón es el acto de arrepentimiento perfecto, porque es salvífico.

Delante de Jesús Eucaristía hacemos actos de contrición:

¡Jesús mío, misericordia!

Jesús mío, te pido perdón por los muchos pecados que he cometido durante mi vida.

Por los de mi niñez y adolescencia.

Por los de mi juventud.

Por los de mi edad adulta.

Por los que conozco y no conozco.

Madre mía, intercede por mí ante tu divino Hijo Jesús.

¡Dulce Corazón de María, sé mi salvación!

Imploramos al Dios de la Eucaristía

Señor, que tu Reino venga a nosotros, que tu misericordia se derrame como un océano de amor infinito, como la luz brillante que esparce el sol en cenit sobre las almas de todos los hombres de todos los tiempos. Te suplicamos, Jesús Eucaristía, que tengas piedad y misericordia de nosotros, de nuestros seres queridos y de toda la humanidad, y danos la garantía de que somos escuchados en tu presencia eucarística, y alcánzanos el don de tu madre, la Virgen María, que sea como madre nuestra. A ella, Nuestra Señora de la Eucaristía, le pedimos que te alcance nuestros ruegos y los guarde en tu corazón.



Al culminar la adoración

Actos de amor

“Después de la meditación, nuestra alma se enciende con los mismos sentimientos de Cristo, cuyo Sagrado Corazón Eucarístico es horno ardiente de caridad y nos permite hacer actos de amor:

Te amo, Jesús mío, como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente.

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mí en la comunión.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú eres mi mayor amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial!

¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es.

Te amo cuando tu Hijo te ama”. (S.

Juan Eudes).

Damos gracias a Dios por sus inmensos dones para nosotros, que comien-

zan con la creación de nuestro ser, continúan luego con el don de la adopción filial y siguen con el “don inestimable” de su Hijo en la Eucaristía. Por todo esto, agradecemos a Dios también por lo que es él en sí mismo, Bondad, Misericordia y Amor infinitos, atributos todos que resplandecen en su presencia sacramental.

Actos de gratitud

Oh Jesús, te doy rendidas gracias por los beneficios que me has dado. Padre Celestial, te los agradezco

por tu Santísimo Hijo Jesús.

Espíritu Santo que me inspiras estos sentimientos, a ti sea dado todo honor y toda gloria.

Jesús mío, te doy gracias sobre todo por haberme redimido.

Por haberme hecho cristiano mediante el Bautismo, cuyas promesas renuevo.

Por haberme dado por madre a tu misma Madre.

Por haberme dado por protector a san José, tu padre adoptivo.

Por haberme dado al ángel de mi guarda.

Por haberme conservado hasta ahora la vida para hacer penitencia.

Por tener estos deseos de amarte y de vivir y morir en tu gracia.



Oración final

Jesús mío, dame tu bendición antes de salir, y que el recuerdo de esta visita que acabo de hacerte, perseverare en mi memoria y me anime a amarte más y más. Haz que cuando vuelva a visitarte, vuelva más santo. Aquí te dejo mi corazón para que te adore constantemente y lo hagas más agradable a tus divinos ojos. Adiós, adiós, Jesús mío.

Virgine



De la renuncia a sí mismo

Continuamos con las
reflexiones de San Pedro
Julián Eymard.

Todo el secreto de la vida religiosa y aun de la vida cristiana radica en una santa mortificación, integrada, antes que todo, por el cumplimiento del deber.

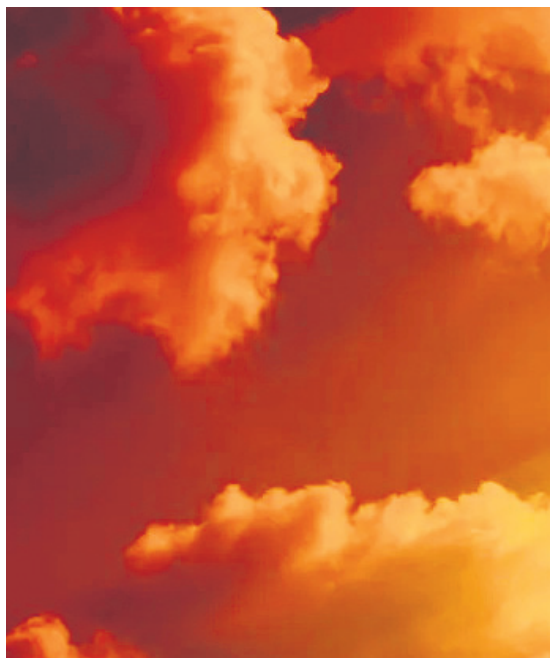
Es como la raíz del árbol, la savia de las virtudes y del verdadero amor de Dios.

Sin mortificación no hay virtud

Es un principio básico: sin mortificación no hay virtud, sin espíritu de mortificación no hay progreso posible. No hay vida espiritual sin muerte. Para convertirse en carbón ardiente debe perder el leño todos sus elementos extraños.

No; sin mortificación nunca surgirán verdaderos hombres religiosos. Todas esas piedades bonitas, sentimentales, con alegrías y gozos, son como los viajes en un magnífico tren. No creo ni confío en ellas. Hay que formar hombres de virtud, es decir, hombres de sacrificio, ya que nuestro Señor ha puesto como base de la perfección evangélica el Abneget semetipsum (negarse a sí mismo).

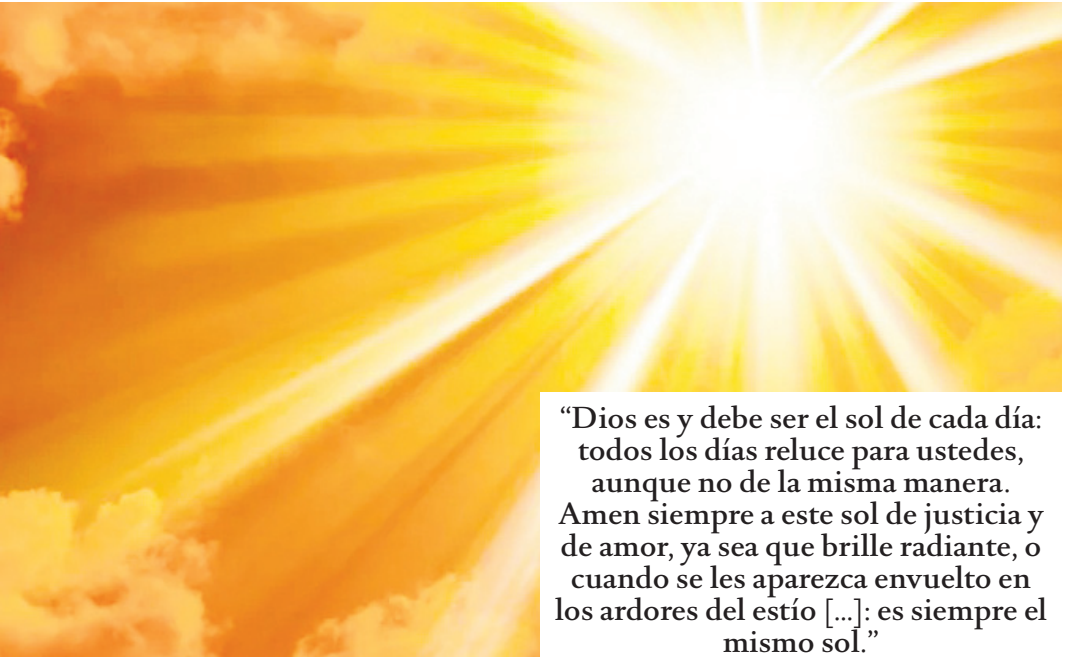
Los que se encariñan con su libertad, sus gustos, su salud y sus privilegios no son los discípulos del abneget, sino de su amor propio.



Cómo se alcanza el amor de Dios

Si no puede existir verdadera virtud sin mortificación, mucho menos puede haber amor de Dios sin ella: la renuncia a sí mismo es la condición esencial, fundamental para amar a Dios. Se alcanza el amor de Dios por el sacrificio generoso del corazón y de la voluntad; se progresa en el mismo por la suave renuncia a la vida y por una total y continua dependencia a su voluntad siempre tan amable. Nuestro Señor quiere reinar en nosotros por esta continua esclavitud de renuncia, y quiere que la piedad, las virtudes y el amor de ustedes, estén revestidos de este carácter universal.

Bendíganle por haberles deparado



“Dios es y debe ser el sol de cada día: todos los días reluce para ustedes, aunque no de la misma manera. Amen siempre a este sol de justicia y de amor, ya sea que brille radiante, o cuando se les aparezca envuelto en los ardores del estío [...]: es siempre el mismo sol.”

esta vía tan deliciosa que les acorta el camino del desierto y encierra en sí menores peligros. Dios es y debe ser el sol de cada día: todos los días reluce para ustedes, aunque no de la misma manera. Amen siempre a este sol de justicia y de amor, ya sea que brille radiante, o cuando se les aparezca envuelto en los ardores del estío, o en medio de la débil palidez del invierno helado: es siempre el mismo sol.

No vivan de almas pobres, de pobres directores o de libros e imágenes pobres, y ni aun de las más bellas melodías: todo esto se agota pronto.

Vivan de nuestro Señor, en nuestro Señor y para nuestro Señor. “El que mora en mí y yo en él hará grandes cosas”. Permanezcan en nuestro Señor.

Pero ¿cómo lo alcanzaremos?, me dirán. Despojándose de ustedes mismos.

Amen intensamente al divino maestro; sufran por Él con amor, trabajen por adquirir la abnegación heroica de sus voluntades, persuadidos de que cuanto se hace con una silenciosa abnegación es infinitamente más agradable a Dios que cualquiera otra acción aparentemente más perfecta.

Recuerden siempre que las mayores gracias de nuestro Señor, en orden a la santificación de un alma, están vinculadas a las ocasiones de abnegación de nuestra voluntad por la de Dios o la del prójimo; y cuando podéis decir: Me he renunciado a mí mismo, nuestro Señor les dice: “Hijo, has realizado un acto de amor perfecto”.



Olvido de sí mismo

Invitación a no fijarse en las cosas del mundo sino solo en Dios.

¡Ay! ¡Qué difícil es despojarse, renunciarse, desaparecer...! Cuando nuestra pobre naturaleza cae en manos de Jesús, de todo tiene miedo y se adhiere a todo lo que encuentra y que viene a mano.

Mas nuestro Señor no se contenta con medianías; quiere el olvido completo, que se abandonen totalmente; los quiere en una vida de abnega-

ción, de pobreza espiritual y de entrega absoluta en sus manos, como si fueran unos niños. Todas las pequeñas pruebas que a diario les llegan son una nueva fuerza que les envía para ayudarlos a despojarse del hombre viejo y a entregarse a Jesús con toda la nada de ustedes.

Déjense de buen grado despojar de todo para poder ser totalmente de Dios.

Retengan este gran principio de la vida espiritual: Curen bien la fiebre interior por el olvido de ustedes mismos y más aún por el de los demás. Ocúpense de nuestro Señor, procuren complacer a su corazón siguiendo los atractivos de la gracia y ofreciéndole las perlas de sus méritos, de la santísima Virgen y de los santos.





ADORADORES

Dios es buen jardinero

La práctica de esta renuncia consiste sobre todo en la sumisión a la voluntad divina por el cumplimiento exacto de los deberes del propio estado y por el sacrificio de los gustos personales por complacer al prójimo.

Está bien y es una perfección no ofender a Dios; pero es aún más perfecto dejar el que Dios obre en ustedes. Él, como buen jardinero, selecciona, poda, talla, injerta, cultiva y riega.

Antes de enriquecer a un alma, Dios la despoja de todo: quiere reinar Él solo y a ese fin dirige todos sus toques. Déjense modelar; la muerte es camino de la vida; el amor reina con el sacrificio.

Pero noten lo que les voy a decir: Déjense herir, es decir, dejen obrar a Dios, déjenle darles una y más vuel-

tas, déjenle hablar o callar, déjenle que los visite o que se oculte, que los pruebe por Sí o por las criaturas.

¿Qué más les da si amán y son amados de este bondadoso Salvador?

Acostúmbrense a ver pasar el mundo como las gotas de agua de un riachuelo: déjenlas correr ruidosas, agitadas, revueltas.

Pónganse a los pies de nuestro Señor y, cuando las criaturas los abandonen o cuando los prueben, escuchen a nuestro Señor, que dice: “Yo les basto”.

No hay estado feliz comparable al de una persona que no quiere más que agradar a Dios ni tener más estima ni predilección que la de Dios, y la del prójimo como Dios lo quiera y en tanto que lo quiera; entonces ni los vientos ni las tempestades de los hombres le pueden hacer nada, porque Dios es su todo.



“Está bien y es una perfección no ofender a Dios; pero es aún más perfecto dejar el que Dios obre en ustedes. Él, como buen jardinero, selecciona, poda, talla, injerta, cultiva y riega.”



El fuego divino

El autor nos propone renunciar al amor propio, por el amor al prójimo en la caridad.

Cuando Dios esté contento, estémoslo también nosotros. Cuando Él nos ama, ¿qué nos importa lo demás? Cuando Dios está a nuestro favor, ¿por qué entristecemos e inquietarnos por los que están en contra de nosotros?

¿En ese centro divino del corazón de Jesús habríamos de temer las tempestades del exterior?

Aun cuando Jesús parezca dormido, nada temamos; velemos a sus pies y descansemos tranquilos.

No hay tranquilidad ni felicidad fuera de esta mansión divina; no hay virtud verdadera si no nos hace vivir de Jesús; no existe amor puro sin renuncia a sí mismo.

Vayan siempre a nuestro Señor con gran sencillez y un abandono santo, no fijándose más que en dos realidades: en la miseria de ustedes y en la bondad y amor que Él les profesa; por lo mismo, trabajen por sacrificar la voluntad en aras del amor de Dios: he ahí la leña del fuego divino.

Mortifiquen de continuo el amor propio, que renace diariamente en ustedes.

Si no se les hace caso en el mundo, si parece que los olvidan, ¡ah!, bendigan a Dios: así le amarán con más puro amor. Así lo hacían y deseaban los santos.

El camino regio

En la meditación tengan al amor de nuestro Señor mediante la inmolación de ustedes mismos: la gracia del amor destruye poco a poco el amor propio, inmolando nuestra voluntad.

Déjenle obrar. Al Salvador gusta echar todo por tierra en ese templo de su amor, que es nuestro corazón, y utilizar el látigo para arrojar todo cuanto no sea Él.

Entréguese a Dios por el sacrificio: éste es el medio más corto y más perfecto; es el camino real. Defiendan siempre bien el corazón de ustedes: él es la ciudadela y el centro de la unión con Dios.

Sean buenos con el prójimo, mas no lo sean por hacerse estimar y amar: sería un adulterio espiritual.

Pónganse en la mano de Dios en el camino de sus vidas: vayan derechos al deber y a la virtud.

Amor al prójimo

Altamente me consuela saber que dejan con gozo y sin escrúpulo a Dios por el prójimo: esto es verdadero amor de Dios, porque no quiere más que su santísima voluntad y no aspira a otra cosa que a contentarle.

Sigan de esta manera y ejercítense de continuo en la paciencia, en la dulzura, en la tolerancia, en la uniformidad de caracteres; en una palabra, en la caridad.

Sean buenos, amables, generosos en los sacrificios: ésta es la flor del amor divino.

Amarán continuamente al divino



“...trabajen por sacrificar la voluntad en aras del amor de Dios: he ahí la leña del fuego divino.”

maestro y lo harán aun en medio de las dificultades y de la miseria.

Dejarán de buen grado que pasen el tiempo, las ocupaciones y gustos en beneficio de todos; pero el corazón vivirá en Jesús y en un desprendimiento lleno de su amor.

Vivan, se los vuelvo a repetir, vivan de nuestro Señor, en nuestro Señor y para nuestro Señor

Abandónense enteramente a la espada de su amor. Nunca se vive mejor y más sólidamente que muriendo por amor.

En ello se cifra la verdadera dicha; de esta muerte de sí mismo brota la verdadera vida, tranquila y serena de esta tierra y prometedora de la bienaventuranza eterna.

Todo para Dios

Hay un principio universal y eterno que siempre conviene tener presente ante nuestra conciencia y delante de Dios, a saber: Que hemos de ser del todo y siempre de Dios; saber entre-

garnos totalmente a Dios como fin y a su voluntad actual como medio.

Sean de Jesús como la esposa de su corazón, como el esclavo de su Sacramento, como el apóstol de su amor.

Sean de Jesús con libertad de medios, pero con unidad de fin. Sean de Jesús como lo son los Ángeles en el cielo: gozosos y alegres en su servicio, sencillos y desinteresados en la entrega, por lo menos casi siempre.

La llama que brota del fuego no vuelve sobre sí misma; sube de continuo porque otra llama la obliga; ni tiene tiempo ni movimiento para ello.

Dios solo basta a un alma. Poseerle es su mayor bien, amarle su mayor placer, servirle su mayor gloria.

Nada puede suplir a Dios, y Él suple admirablemente a todo lo existente. De todo se puede prescindir menos de Dios.

La mayor de las riquezas es aspirar y trabajar en poseer siempre menos, es decir, la nada de Jesucristo. Sólo a Él hemos de agradar y entregarnos: los hombres no son más que espinas.



Para ser todo de Dios

Invitación a hacer todo por agradar a Dios, con corazón indiviso siguiendo el ejemplo de María.

Graben en la mente estas tres reglas de conducta:

La primera es la de hacer todo por agradar a Dios. Esta ha de ser la intención general y particular de sus acciones. Ésta norma es más bien un sentimiento que un pensamiento actual: interviene en todo lo de ustedes y los deja obrar con sencillez.

Les basta una intención general. Sin embargo, cuando vayan a ejercitar algo penoso, un sacrificio costoso, una intención particular ayudará al alma de ustedes.

Agradar a Dios es amar lo que Él ama, querer lo que Él quiere, odiar todo lo que es imperfecto.

La segunda regla es estar en todas las cosas con sencillez de espíritu, obrar en todo con libertad interior, hasta cuando Dios lo quiera y mientras Él lo quiera, en un espíritu de paz, haciendo las cosas con orden, con rigurosa sucesión, con moderación y paciencia, esforzándose en ejecutarlas bien más que en veros libres de ellas. Tomen por modelo al niño que obedece en todo y no se apega a nada.

La tercera regla es ésta: Vivan algo más en Dios como en el centro de ustedes, y no les estorbará ni les distraerá nada. Se sentirán entonces en presencia del Dios que todo lo vivifica, que lo ve todo y que dirige el alma en todas sus acciones.

Den de esta manera y siempre el co-

razón a Dios por la pureza de intención, por el cariño a su amor, por la confianza en su divina misericordia.

Dirijan a menudo jaculatorias amorosas al buen maestro. Las jaculatorias son para el alma lo que la respiración al corazón: es decir, su vida.

Hay que llegar a que Jesús les baste ¡Qué felicidad la de vivir dirigido por Jesús! Mas es preciso encerrarse en su corazón divino para ser impregnado de su espíritu, modelado y cincelado por sus manos divinas.

Sin reservas ni divisiones

Sean plenamente de nuestro Señor, así como Él lo es todo de ustedes. No reserven nada en la entrega ni dividan el corazón; no tengan otro sentir que su adorable y amabilísima voluntad.

Cuando se conoce bien al buen Jesús, ¿se lo puede comparar a alguna cosa, y una vez gustadas las delicias de su amor, se puede vivir sin Él?

No, de ninguna manera, seríamos demasiado desgraciados. Dichosos ustedes los que pertenecen al Señor y quieren pertenecerle siempre.

Esta elección vale más que todas las coronas y puestos privilegiados del mundo.

Rico se sentirá quien tenga a Jesús por su mayor bien. Sean como un niño que siente, ama y agradece.



Dios piensa en ustedes

Sean como la paloma pura y blanca del arca, que sólo descansa en el arca santa, que no conoce otro canto ni otro suspiro que el del amor.

No se miren a la luz del amor propio, pues se llenarán de miedo; ni en la hermosura de las criaturas, se turbarán; ni en la balanza de sus méritos, que más pesaría la pobreza de ustedes; ni a la falsa claridad de los dichos humanos. Contémpense en el Corazón bondadosísimo de Jesús, en su bondad tan maternal y tan tierna. ¡Ah!, entonces no se espantarán de ustedes.

Procuren no fijarse en lo que dan al dulce maestro, ni quieran pensar en lo que les falta.

Arrójense como una paja, como un hierro enmohecido a este horno incandescente. ¡Qué pronto se purificarán, se fortificarán, se abrasarán y convertirán en fuego!

¡No, no lo duden! El sacrificio que más agrada a Jesús es el del yo; la ofrenda más bella es la del corazón; la corona más hermosa, la de la flor mañanera que se abre al sol naciente y se cierra a una con el sol que se oculta.

La mejor parte con María

Dense siempre del todo a nuestro Señor, como la santísima Virgen, cual corresponde a sus vírgenes y siervas reales.

¡Qué parte más privilegiada has escogido! ¡Qué puro, qué bondadoso, qué amoroso es el Esposo y Rey de tu corazón y la ley única de tu vida!

Sean siempre completamente de ella.



“Sean como la paloma pura y blanca del arca, que sólo descansa en el arca santa, que no conoce otro canto ni otro suspiro que el del amor.”

Recuerden que una sierva está enteramente al servicio de este buen maestro y le sirve con alegría y con abnegación. Sepan que una esposa vive totalmente entregada al amor de su Esposo divino y no anhela más que agradarle y complacerle.

Vivan de la divina Eucaristía y para la divina Eucaristía, así como los Ángeles no viven más que de Dios en el cielo.

¿No es justo que Él tenga almas que el mundo llama grandes y las desearía para sí?

Quisiera que tengan la más espléndida corona del mundo, la fortuna nupcial más envidiada para verlos, como ahora los veo, entregadas a Jesús, Rey de amor, como sus siervas felices y esposas eternas.

¡Cuán pocas almas selectas, cuán pocos servidores nobles tiene Jesús nuestro maestro!

Tienen que valer por mil, y el servicio de ustedes ha de equivaler al de diez mil; esto lo logran con una ferviente y generosa piedad eucarística.



Frutos eucarísticos

Todavía no hay un contador que mida todo lo bueno que surge de un Sagrario durante una visita de sólo unos minutos.

La puerta del Sagrario más que por la llave de metal que le hizo el hombre, está cerrada por la palabra siempre que grabó el Amor allí encerrado e inmolado.

Siembra constante

Si en la tierra todavía se respiran aires de pureza y perfumes de virtudes y se calientan las almas con fuegos de amores santos, es porque no dejan de sembrarse Hostias consagradas.

Táctica especial del Corazón de Jesús

Hacerse como nada por amor para que le demos nuestra nada con amor. El mejor obsequio que espera de nosotros y que más cuenta nos tiene hacerle, es darle, más que nuestro talento, fuerza, poder y valer, nuestra nada...

Sólo cuando estemos perfectamente persuadidos de que es nada cuanto le damos, empezará El a recibir algo nuestro y nosotros a ser algo también.

Sólo el amor humilde que lo ha hecho bajar a El nos hará subir a nosotros.

De rodillas...

¿Quieren saber a qué altura de Fe, instrucción religiosa y piedad, se en-

cuentra el alma de cualquier cristiano?

Miren lo que dobla delante de Jesús Sacramentado.

¿Ligeramente el cuello o la cintura? Pocos grados de aquella o ninguna.

¿Un poquitín la rodilla? Un grado más.

¿Una rodilla en tierra? Otro grado más.

¿Las dos rodillas y la cabeza inclinada? ¡Eche used grados!

No me meto en explicar la relación entre la piedad del espíritu y la flexibilidad de los músculos, la encomiendo a los psicólogos.

Me limito a hacer notar el fenómeno y pedir al Amo nos dé muchos católicos de dos rodillas.

El modo de obrar del aumento eucarístico

Entre el orden natural y el sobrenatural se observa una gran analogía de procedimientos y leyes, indicando así la unidad del Autor de uno y otro. Y por tanto, por lo que haga la comida en el cuerpo que come y por lo que éste debe hacer u operar para que aquella le aproveche, puede sin peligro de error deducir y conocer cómo es por dentro la comida y digestión de Cristo.

¿Comulgar es comer? Apliquemos este principio al Alimento Divino y al



ADORADORES



Si crees que en la pobre o rica casita del sagrario hay unos ojos que te buscan y miran, unos oídos dispuestos a escucharte... ¿por qué no lo visitas nunca?

alimentado que va a divinizarse. No es mío este modo de proceder; es del gran santo Tomás que saca a la luz del medio día muchos misterios de la vida superior de la gracia, por medio de esas analogías ciertas, no arbitrarias, entre el orden de ésta y el de la naturaleza. En este mismo punto, del modo de obrar de la Eucaristía en nosotros a modo de comida y de bebida deduce y forma su doctrina sobre los efectos y acción de la comunión en su admirable Suma Teológica.

Si, pues, la comunión nos da a comer Carne de Cristo debe obrar digestión de Cristo y terminar en la asimilación de Cristo, con tal de que

no pongamos obstáculos con nuestros pecados

El pan que deberían querer y no lo quieren

¡La cuestión de las subsistencias! ¡El problema del pan! ¡El encarecimiento de la vida!

¡Cuánto se habla y se escribe de esto ahora! ¡Cómo crece y cunde la alarma! ¡Dios mío! ¿Llegará un día en que tus hijos los hombres se preocupen así del otro Pan del que Tú les das de balde todos los días? Una pregunta a los sociólogos y economistas: ¿No tendrá nada que ver esa carestía siempre creciente del pan que



ADORADORES



¿Receta para ser grande? Hacerse Sagrario.

quieren los hombres con el desprecio del otro Pan que debían querer y no quieren?

A menos distancia, más grandeza

Mientras más hombres voy tratando y más obras suyas conociendo, me convengo de que la medida de la grandeza de éstos, está en proporción inversa con la medida de su distancia respecto del Sagrario. Es decir, a más distancia menos grandeza, a menos distancia, más grandeza.

Por eso los santos, que son los hombres en todo grandes de verdad, llegan a serlo cuanto acortan tanto su distancia al Sagrario que se convierten ellos mismos en Sagraios con dos pies, en los que va muy a gusto el Jesús de su Comunión. ¿Receta para ser grande? Hacerse Sagrario.

Lo que da un Sagrario

¡Cinco minutos de Sagrario! Todavía no se ha inventado el contador que mida todo lo bueno que sale de un Sagrario durante una visita de cinco minutos. Ya nos lo contarán los Ángeles de la Guarda el día de la cuenta.

¡Si lo miraran a ÉL!

Si se pudieran reunir en un cauce todas las lágrimas que se derramen y se han derramado en toda la tierra, seguramente formarían un río caudaloso. ¡Un río de amarguras!

¡Ah! ¡Si a través de esas lágrimas hubieran mirado al Sagrario los que las derramaban, ese río sería de delicias!

San Manuel González/ Florecillas del Sagrario/ Adaptación

Momento eucarístico hecho poesía



Poetas y escritores
cantaron su fe y
ofrecieron sus
palabras para que
nosotros podamos
decirle con ellas al
Señor Sacramentado
cuánto lo amamos.

Acto de caridad a Jesús Eucaristía

Actos de caridad:

Te amo, Jesús mío, y te amo con todas las veras y como a nadie.

Porque Tú me has amado infinitamente,

Porque Tú me has amado desde la eternidad.

Porque Tú has muerto para salvarme

Porque Tú no has podido amar más.

Porque Tú me has hecho participante de tu divinidad y quieres que lo sea de tu gloria.

Porque Tú te entregas del todo a mi en la Comunión.

Porque Tú me das en manjar tu Cuerpo y en bebida tu Sangre.

Porque Tú estás siempre por mi amor en la Santa Eucaristía.

Porque Tú me recibes siempre en audiencia sin hacerme esperar.

Porque Tú eres mi mayor Amigo.

Porque Tú me llenas de tus dones.

Porque Tú me tratas siempre muy bien, a pesar de mis pecados e ingratitudes.

Porque Tú me has enseñado que Dios es Padre que me ama mucho.

Porque Tú me has dado por Madre a tu misma Madre.

¡Dulce Corazón de Jesús, haz que te ame cada día más y más!

Dulce Corazón de Jesús, sé mi amor.

Te amo por los que no te aman.

Te amo por los que nunca piensan en Ti.

Te amo por los que no te visitan.

Te amo por los que te ofenden e injurian.

¡Que pena por esto!

Te amo y te digo con aquel tu siervo:

¡Oh Jesús, yo me entrego a Ti para unirme al amor eterno, inmenso e infinito que tienes a tu Padre celestial! ¡Oh Padre adorable! Te ofrezco el amor eterno, inmenso e infinito de tu amado Hijo Jesús, como mío que es. Te amo cuando tu Hijo te ama. (S. Juan Eudes).



Santo del mes: 21 de febrero, san Pedro Damiani

El arma de un doctor de la Iglesia contra el maligno

Confesarse y recibir la Eucaristía regularmente.

En el siglo XI vivió un santo monje conocido como Pedro Damiani, que dejó el mundo para convertirse en ermitaño. Sin embargo, no podía soportar ver cómo el mundo se derrumbaba a su alrededor, por lo que abandonó su ermita para ayudar a reformar la Iglesia.

Pedro Damiani reconoció la presencia del mal e hizo lo que pudo para evitar su influencia en algunos sacerdotes.

Un arma poderosa

Al escribir a un sobrino, Pedro Damiani le reveló lo que él veía como un arma poderosa contra el diablo.

“Si puedo hablar de forma figurativa, expulsa a las bestias rugientes de tu dominio; no dejes de protegerte a ti mismo diariamente recibiendo la carne y la sangre del Señor. Deja que tu enemigo secreto vea tus labios enrojecidos con la Sangre de Cristo. Se estremecerá, se encogerá hacia atrás y huirá a su oscuro y húmedo retiro”.

Se refiere a la digna recepción de la Comunión en la misa, un arma potente que aplasta la cabeza de la serpiente en todo momento.

Los exorcistas están de acuerdo en que la recepción frecuente de la Comunión es una forma vital de evitar que el demonio trabaje en tu corazón.

Si necesitas erradicar el pecado y la presencia del diablo en tu vida, confiéstate y recibe la Eucaristía regularmente. El diablo no tendrá más remedio que regresar a su “retiro oscuro y húmedo”.



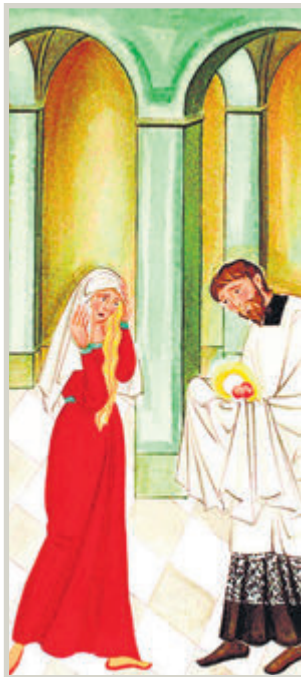
Breve biografía

Monje benedictino camaldulense. Pedro Damiani, siendo abad fue elegido obispo y cardenal de Ostia. También fue compañero y colaborador del monje Hildebrando, el futuro papa Gregorio VII. De padres muy humildes, Pedro había nacido en Rávena, Italia, y murió en Faenza en el año 1072.



Testigo directo de un milagro eucarístico

Es el mismo san Pedro Damiani, quien describe este milagro, del que fue testigo directo. En el año 1050, una mujer joven, incitada por una hechicera, logró robar una Hostia consagrada con el fin de cometer un sacrilegio. La mujer escondió la Hostia en un pañuelo y se dirigió inmediatamente hacia la salida de la iglesia, pero el sacerdote se dio cuenta de inmediato y le exigió que le dé la Hostia de vuelta. La mujer entonces abrió el pañuelo y se dio cuenta de que la Hostia se había transformado de tal manera que la mi-



tad se había convertido en Carne sangrante, mientras que la otra mitad se mantenía igual.

Dios quiso que por medio de un testimonio tan evidente, fuera vencida la incredulidad y la herejía de aquellos que rechazaban la fe en la Presencia Real en el Misterio Eucarístico. En una mitad del pan consagrado se había hecho visible el Cuerpo del Señor, dejando la otra mitad en su forma natural para así evidenciar mejor la realidad de la transubstanciación sacramental que se realiza en la consagración.